



X Jornadas de Investigación del Departamento de Filosofía FaHCE-UNLP

Xº Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía, FaHCE, UNLP.

19 al 21 de agosto de 2015

Mesa

Tradiciones filosóficas en diálogo. Experiencia, conocimiento y crítica en el pragmatismo y en la filosofía continental.

Título del trabajo: La experiencia en Walter Benjamin. Entre el “orden profano” y la “intensidad mesiánica”.

Autora: Anabella Di Pego

Pertenencia institucional: Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales – UNLP – CONICET

Presentación

El concepto de experiencia de Walter Benjamin opera al menos tres inflexiones en relación con la tradición filosófica moderna. En primer lugar, el desplazamiento de la experiencia del ámbito del sujeto individual para pensarla como una praxis plural y compartida. En segundo lugar, el desplazamiento de la experiencia del plano epistemológico-cognoscitivo para concebirla como un fenómeno social y político vinculado a la narración. De modo que, la experiencia no se restringe al plano del conocimiento sino que remite a un horizonte más amplio. La experiencia se encuentra íntimamente vinculada con la narración como actividad colectiva y desempeña en consecuencia un papel fundamental en la constitución de sentidos compartidos que sustentan el lazo social. Por eso, la Primera Guerra Mundial trajo consigo un empobrecimiento de la experiencia sin precedentes por la crisis de sentido que generó. De esta manera, el concepto de experiencia benjaminiano permite realizar un diagnóstico de la situación política y social a comienzos del siglo XX. En tercer lugar, en la perspectiva de Benjamin se opera un desplazamiento de la experiencia compartimentada y fragmentada de la época moderna por la aspiración a una experiencia ampliada que pueda asir destellos de lo inmediato, lo indeterminado, lo inarticulado. De ahí el íntimo vínculo de la experiencia con lo místico-religioso.

En este trabajo caracterizaremos someramente el concepto benjaminiano de experiencia para concentrarnos especialmente en el esclarecimiento de su dimensión religiosa. De este modo, Benjamin se propone volver a poner en relación los ámbitos de la experiencia, el conocimiento y la religión, que habían sido nítidamente delimitados en la filosofía moderna y en la filosofía kantiana en particular. En este sentido, procuramos analizar el modo en que el pensamiento de Benjamin se relaciona con la teología en lo que respecta específicamente a su concepción de la experiencia. Para ello, será preciso analizar los vínculos entre la experiencia en general y la experiencia mística en particular. Sostenemos que la experiencia se mueve en lo que Benjamin ha denominado el “orden de lo profano” pero no obstante recrea o recupera cierta “intensidad mesiánica”. A través de la articulación que Benjamin plantea entre orden profano e “intensidad mesiánica” en el “Fragmento teológico-político”, esperamos esclarecer los elementos místicos y religiosos que pretende rescatar con su concepción ampliada de la experiencia.

La experiencia y lo mesiánico-religioso

En *Cantos de experiencia*, Martin Jay advierte que “aunque compartió con los pragmatistas norteamericanos –cuyas obras no parece haber conocido directamente– el deseo de superar la modelización de la experiencia en sus partes componentes y salvar el hiato entre sujeto y objeto, Benjamin imbuyó a ese deseo de una intensidad mesiánica que estaba ausente en William James y John Dewey” (2009: 366). En su trabajo, Federico López nos mostrará, en contraposición con la aseveración de Jay, que la fase religiosa también se encuentra plasmada en la concepción de la experiencia de Dewey. Asimismo, según Jay, la recuperación de la dimensión mesiánica de la experiencia por parte de Benjamin, se encontraría atravesada por una paradoja, puesto que, por un lado, constituiría el aporte específico del filósofo alemán frente al pragmatismo y otras corrientes filosóficas, pero al mismo tiempo, por otro lado, culminaría en una posición “francamente dogmática y basada en una creencia doctrinal en lo Absoluto” (2009: 390). De este modo, Jay entiende que Benjamin adscribe a una “definición maximalista de la experiencia genuina” (2009: 390) o de la “experiencia absoluta” (2009: 406), que ya no resultaría sustentable en el mundo contemporáneo. Tal vez, esta conclusión de Jay sea consecuencia de que su lectura adolece de lo que él mismo reconoce ha caracterizado a las aproximaciones a la obra benjaminiana: “las premisas teológicas de su alternativa rara vez han sido examinadas con cierto rigor” (2009: 390). Por nuestra

parte, entonces, esperamos esclarecer las implicancias de la intensidad mesiánica del concepto de experiencia en Benjamin, pero sin perder de vista algo que parece escapársele al propio Jay, a saber, que ésta se inscribe en el “orden de lo profano”. Por supuesto, que dada la extensión de este trabajo, aquí sólo podremos esbozar algunos de los lineamientos de la concepción benjaminiana de la experiencia que retoma elementos religiosos, pero no para restituir una “experiencia absoluta” como pretende Jay, sino para ampliar el horizonte de la experiencia respecto de los estrechos límites en que las tendencias dominantes de la filosofía moderna han pretendido situarla. De modo que, procuramos esclarecer cómo obra la intensidad mesiánica en la perspectiva benjaminiana para llevar adelante una “ampliación” del concepto de experiencia¹.

Hacia fines de 1917 y comienzos de 1918, Benjamin escribe “Sobre el programa de la filosofía venidera”, en donde despliega su crítica a Kant fundamentalmente en torno de su noción restrictiva de conocimiento y de experiencia. En las últimas páginas de su ensayo, Benjamin propone incorporar la religión al abordaje de estas problemáticas, sin embargo, tal tarea apenas resulta esbozada: “Un concepto de conocimiento adquirido en la reflexión sobre la esencia lingüística del conocimiento debe crear sin duda un concepto correspondiente de experiencia que incluirá ámbitos que Kant no consiguió integrar en el sistema, siendo el supremo de esos ámbitos el que respecta a la religión” (Benjamin. 2007: 172).

Dos años después², Benjamin redacta el denominado “Fragmento teológico-político” (Benjamin, 2002: 181-182; Benjamin, 2007: 206-207) en donde distingue entre “orden de lo profano” [*Ordnung des Profanen*] e “intensidad mesiánica” [*messianische Intensität*]. Benjamin destaca la necesidad de pensar la historia como un orden profano en tanto que “el Reino de Dios no es el *telos* de la *dynamis* histórica” (Benjamin, 2002: 181). En consecuencia, por un lado, la historia “no puede pretender relacionarse de por sí con lo mesiánico” (Benjamin, 2002: 181), y por otro lado, la teocracia carece de significación política. Sin embargo, esto tampoco implica que no pueda establecerse vínculo alguno entre lo profano y lo mesiánico, sino que por el contrario, Benjamin mismo despliega una “concepción mística de la historia” (Benjamin, 2002: 181).

¹ Respecto de la ampliación de la experiencia que Benjamin lleva a cabo y su vínculo con una concepción ampliada del conocimiento, véase el libro de Florencia Abadi, *Conocimiento y redención en la filosofía de Walter Benjamin*, especialmente la segunda parte dedicada al conocimiento y la redención (2014: 107-164)

² Si bien hay disidencias respecto de la datación del fragmento –Adorno sostiene que es de 1938 y Scholem, Tiedemann y Schweppenhäuser lo sitúan entre 1920 y 1921–, por las referencias al libro de Bloch publicado en 1918, *El espíritu de la utopía*, se ha extendido la aceptación del criterio de los editores.

Aunque la *dynamis* de lo profano se mueve en una dirección contraria de la intensidad mesiánica –la primera se erige sobre la idea de felicidad y la segunda sobre la de infelicidad y la del sufrir–, Benjamin sostiene que puede entenderse que así como una fuerza puede favorecer en su camino a otra de dirección contraria, de la misma manera “el orden de lo profano [puede favorecer] la venida del reino mesiánico” (2002: 182). Lo profano así concebido no es una categoría del reino mesiánico pero sí de su “silentísima aproximación” (Benjamin, 2002: 182), puesto que “a la *restitutio in integrum* religioso-espiritual, que introduce en la inmortalidad, corresponde una mundana, que conduce a la eternidad de un ocaso” (Benjamin, 2002: 182).

A continuación tomaremos algunos de estos motivos presentes en el “Fragmento teológico-político” para pensar la experiencia benjaminiana y su relación con lo mesiánico-religioso. En primer lugar, nos parece apropiado pensar la experiencia como inscrita en el “orden de lo profano”, con lo cual Benjamin no está disolviendo o equiparando la experiencia en general a la experiencia religiosa de lo absoluto –como señala Jay–, sino que más bien recupera cierta “intensidad mesiánica” de la experiencia. Pensar lo mesiánico como intensidad implica concebirlo como un cierto grado de fuerza con el que se manifiesta un fenómeno. En el mismo sentido, Benjamin se refiere en la tesis II de “Sobre el concepto de historia” a “una *débil* fuerza mesiánica” (2002: 48). La incorporación de lo mesiánico-religioso no debe concebirse en Benjamin en términos de contenidos sustanciales ni de apropiación directa de motivos religiosos, sino como una cierta intensidad o fuerza que se manifiesta en una temporalidad invertida en la que el pasado, en lugar de alejarse de nosotros, avanza hacia nuestro encuentro.

Por eso, en segundo lugar, Benjamin advierte que lo profano y lo mesiánico tienen direcciones contrarias, en tanto el último remite al sufrimiento y a la infelicidad del pasado, de ahí proviene precisamente su intensidad. De manera análoga en la segunda tesis es el pasado el que “reclama derecho” sobre la “*débil* fuerza mesiánica” (Benjamin, 2002: 48). No vamos hacia el pasado deliberadamente, como bien advierte Francisco Naishtat, sino que el pasado nos asalta impidiendo que lo acaecido perezca en el olvido. La experiencia para Benjamin, no es solamente lo actual, sino que se extiende hacia el pasado y remite también al salvataje de lo olvidado.

En tercer lugar, lo profano y lo mesiánico se relacionan en el modo de una “silentísima aproximación”, por la cual es necesario actuar en el orden de lo profano para favorecer el advenimiento de lo mesiánico. No hay teleología, ni automatismo, sino que por el contrario hay que generar las condiciones para esa aproximación silenciosa, cuasi

imperceptible, en la que se va revelando la restitución mundana de todo lo pasado. La idea de restitución vuelve a insistir sobre el vínculo del pasado con lo mesiánico pero también de una experiencia que salve a ese pasado en su totalidad. En la tercera tesis dirá Benjamin: “sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado. Quiere decir esto: sólo a la humanidad redimida se le ha vuelto citable su pasado en cada uno de sus momentos” (Benjamin, 2002: 49).

Hasta aquí hemos hecho referencia a dos textos tempranos de la obra de Benjamin, y se podría objetar que este vínculo entre experiencia y religión pierde fuerza en los abordajes en torno de la experiencia en el década del treinta. Sin embargo, en su ensayo sobre Leskov (1936) encontramos que el narrador no sólo es quien “elabora la materia prima de las experiencias” sino que se aproxima a la “mística” porque “tiene acceso a la cámara más íntima del reino de las criaturas” (2008, XIX: 93-94). Se adentra así en la profundidad de ese reino y cuanto más desciende en su interior, “tanto más manifiestamente se acerca su modo de ver [las cosas] al de la mística” (Benjamin, 2008, XIX: 93). La experiencia es así también una experiencia mística de la totalidad y de la inmediatez de la gradaciones en el reino de las criaturas. En lugar del mundo compartimentado moderno con cesuras entre el hombre, los animales y lo inanimado, Benjamin encuentra en la mirada mística que cada estrato “está *inmediatamente* vinculado con el superior” (Benjamin, 2008, XIX: 93. La cursiva me pertenece). Esta inmediatez emerge por la desarticulación de la mediatez a partir de la reinscripción del hombre en el reino de las criaturas.

En este sentido, la experiencia benjaminiana supone un desplazamiento de la centralidad del hombre como sujeto de conocimiento y al mismo tiempo un reposicionamiento del “objeto” que no es asimilado a las propias categorías del sujeto, sino al que hay que darle su lugar, prestarle voz e intentar captar su requerimiento. La concepción de la experiencia benjaminiana no sólo lleva a cabo este desmantelamiento de la dualidad sujeto-objeto, sino que procura reconsiderar la relación hombre-naturaleza desde un lugar que no sea la del uso y la dominación. Para Benjamin, el que se eleva en la jerarquía de las criaturas es el justo entendido como quien brinda atención y cuidado a las criaturas desvalidas que se encuentran a nuestra merced. Por eso, en la cuestión de la experiencia se juega una disputa ético-política que oscila entre la preservación de los privilegios y de la dominación, o la posibilidad de un nuevo modo de comportarse con la naturaleza que cuida y ofrece voz a las criaturas que han sido históricamente silenciadas.

Consideraciones finales

A partir de estas consideraciones sobre la mística y la intensidad mesiánica, emerge una concepción ampliada de la experiencia con algunos rasgos distintivos que la vuelven irreductible a los enfoques modernos tradicionales. Benjamin se posiciona críticamente respecto de la fragmentación de la experiencia, y desarticulando la dualidad excluyente sujeto-objeto y hombre-naturaleza, resitúa a los seres humanos al interior del reino de las criaturas, manifestándosele este en su gradación inmediata desde la aparente insignificancia de lo inanimado hasta alcanzar la diversidad de los seres vivos. Sólo desarticulando el carácter fundante y dominante del hombre, puede lo otro objeto de conocimiento y dominación dejar de aparecer como compartimentado y sirviendo a un fin específico, para desplegarse en nuevas dimensiones e implicancias, que insinúan lo que hasta ese entonces aparecía como inarticulable, indeterminable, informe, inabarcable.

En este sentido la dimensión mística-mesiánica de la experiencia no remite a una experiencia primordial, absoluta, originaria, como sostiene Jay, sino que por el contrario, implica desmontar la centralidad del hombre como amo y señor de la naturaleza y como sujeto de conocimiento. En este sentido, la intensidad mesiánica sólo puede interpelarnos después de esta crítica radical porque implica otra concepción del sujeto, del conocimiento y de la relación con la naturaleza. La dimensión mística de la experiencia no es así una forma privilegiada de ver las cosas sustentada en alguna condición ontológica particular, sino más bien aquello que puede emerger cuando se desmonta la mirada tradicional del conocimiento y del sujeto. Es decir, que es necesario generar las condiciones que hagan posible la manifestación de aquello que la perspectiva moderna ha relegado caratulando de inarticulable y por tanto inasible³. Así, la experiencia se inscribe en el “orden de lo profano”, pero al mismo tiempo, puede en su choque de fuerzas con la intensidad mesiánica, iluminar en su acecho al pasado y desplegar una mirada holística y abarcadora que logra articular destellos de aquello que se le escabulle, excediéndola, a la experiencia compartimentada de raigambre moderna.

Referencias bibliográficas

³ En el mismo sentido en las denominadas Tesis, Sobre el concepto de historia, se trata de generar las condiciones para que el pasado cristalice como mónada (Benjamin, 2002, XVII: 63).

- Abadi, Florencia (2014): *Conocimiento y redención en la filosofía de Walter Benjamin*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Benjamin, Walter (2002): *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, trad. de Pablo Oyarzún Robles, Santiago de Chile, Arcis.
- Benjamin, Walter (2007): *Obras*, libro II, volumen 1, Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.) con la colaboración de Theodor Adorno y Gershom Scholem, trad. de Juan Barja, Félix Duque y Fernando Guerrero, Madrid, Abada.
- Benjamin, Walter (2008). *El narrador*. Trad. de Pablo Oyarzún Robles. Santiago de Chile: Metales pesados.
- Jay, Martin (2009): *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, trad. de Gabriela Ventureira, Buenos Aires, Paidós.